Stefano Bolognini

**“2015: El psicoanálisis en un mundo cambiante”**

La complejidad que suponen los cambios que acontecen en nuestras vidas, debido al desarrollo social y político, las tendencias culturales y las nuevas formas de comunicación facilitadas por la tecnología, no sólo reafirma la idea de que el futuro es imprevisible, sino que también dificulta el análisis del presente: el objetivo de conseguir una “visión global”, aunque sea limitada a nuestro campo, es sin duda un objetivo muy ambicioso.

No obstante, mi posición como presidente de la API me brinda la oportunidad (y tal vez el deber) de presentar una visión exhaustiva, al menos desde el punto de vista “*inter-regional*”, que he adquirido gracias a mis viajes y constantes intercambios con otros compañeros y sociedades en todo el mundo; y también aportar una perspectiva “*intergeneracional*”, dado mi interés científico en esta área.

Por falta de tiempo, las consideraciones que hoy propongo serán esquemáticas y concisas, por lo que recomiendo que las exploren en más profundidad, y que reflexionen acerca de su veracidad y sus posibles consecuencias a través del diálogo con sus compañeros. Puede que algunas de las siguientes consideraciones no se ajusten al deseo de todos pero, igualmente, creo que vale la pena reflexionarlas y discutirlas en más detalle.

**DONDE ESTAMOS**

En mi opinión, el nivel científico del psicoanalista medio (sus conocimientos teóricos, habilidades clínicas y flexibilidad mental) se ha beneficiado de la creciente calidad de nuestros intercambios, cosa que ha sido posible gracias a las nuevas tecnologías.

La facilidad con que actualmente circulan los artículos psicoanalíticos por la red y a través de numerosas conferencias organizadas aquí y en todo el mundo ha creado un cierto sentimiento de sobresaturación y desánimo (es frustrante para nuestros ideales narcisistas reconocer que nadie puede leer siquiera una décima parte de lo que se está produciendo a niveles de excelencia). Sin embargo, al mismo tiempo, no se puede obviar que semejante difusión de ideas y experiencias ha transformado y enriquecido, año tras año, la mentalidad y el bagaje teórico de la mayoría de los analistas.

Estoy convencido de que el modelo de “*intercambio de ideas*” representado por CAPSA simboliza este cambio que se está dando en las nuevas generaciones de analistas. Ellos están abiertos a la innovación y a conocer en más profundidad el trabajo de sus compañeros en otros países y regiones. De hecho, creo que puedo afirmar – con el debido respeto a las legítimas inquietudes de aquellos que temen los efectos de una trivialización confusa de la teoría y un eclecticismo superficial – que la realidad pluralista descrita por Wallerstein, además de ser un factor histórico evidente, también está enriqueciendo el conjunto de herramientas del analista de forma substancial.

De esto nos damos cuenta sobre todo en los grupos internacionales de discusión clínica, donde el componente “teológico” de lealtad transferencial de nuestras teorías originales se ve mermado (de hecho, se somete a una gran tensión en los debates exclusivamente teóricos y, en ocasiones, incluso los condiciona de forma restrictiva) hasta disolverse y dejar paso a asociaciones, fantasías, desarrollos emocionales e intercambios inter-subjetivos entre compañeros que defienden algo nuevo. Lo diré en pocas palabras: después de este tipo de experiencias “*nadie regresa a su casa siendo la misma persona*”.

Un acceso más fácil a estos artículos científicos en red y la multiplicación de traducciones y publicaciones, ha comportado un aumento de la movilidad geográfica (a pesar de los recurrentes altibajos de la crisis económica) y un conocimiento creciente de idiomas entre los compañeros que hablan al menos otra lengua además de la propia: todo esto significa más oportunidades para una mayor participación y diálogo.

En este sentido la API desempeña un papel fundamental. El trabajo de la API va mucho más allá de las meras funciones administrativas y organizativas, precisamente en virtud de estas conexiones interregionales: a través de los numerosos Comités y Grupos de Trabajo que ha creado, la API mantiene unidos los *vínculos* de nuestra comunidad psicoanalítica en todo el mundo, al mismo tiempo que contribuye activamente a que los analistas puedan acceder al conocimiento de otras realidades culturales, científicas y, me atrevería a decir, “psíquicas”.

El resultado no es una homogenización del psicoanálisis, sino más bien una articulación informada, en la que cada uno de nosotros mantiene su ADN familiar original, al mismo tiempo que puede “viajar” más (ya sea literal o simbólicamente). De esta manera, gracias a esos intercambios y por osmosis, enriquecemos tanto nuestro mundo interior como nuestros “hogares psicoanalíticos” nacionales y locales.

De hecho, iría más lejos y diría que en términos de un conocimiento auténtico, teórico y experiencial del sujeto, el psicoanálisis nunca ha estado más en forma. Si tuviera que hacer la famosa “prueba del algodón” cambiaría la pregunta: “¿*a qué analista mandarías un miembro de tu familia?*” por “*¿mandarías un miembro de tu familia a un analista del pasado o a uno de tus contemporáneos (con todo – nivel y experiencia – en igualdad de condiciones)?*” Yo lo mandaría a un compañero contemporáneo, precisamente porque este analista puede beneficiarse del trabajo de generaciones de analistas del pasado, porque él/ella “ha viajado” más (siempre en sentido figurado) y porque él/ella sabe que existen diferentes vías de tratar diferentes problemas y diferentes personas.

**SESIONES FUERA-DEL-CONSULTORIO**

El tema es complejo, así que voy a limitarme a ofrecer algunas notas sobre el problema institucional de las sesiones fuera-del-consultorio (ya sean por vía telefónica o en línea, por ejemplo).

Todos estamos al corriente de que estas herramientas tecnológicas se han convertido en una realidad incuestionable para la actividad clínica de muchos psicoanalistas. De hecho, mientras escribo estas notas, muchos compañeros autorizados estarán pensando que ellos mismos son fieles defensores de los argumentos a favor o en contra de las sesiones por teléfono o en línea; de la misma manera que estarán informados sobre la creciente propagación de esta práctica.

Este desarrollo ha estimulado factores potencialmente positivos (como el alcance del tratamiento psicoanalítico en áreas remotas, donde el análisis “*en persona*” es físicamente imposible por falta de analistas); pero también viene dado por factores puramente residenciales (un paciente que en ocasiones no se siente capaz de realizar el trayecto de su casa a la consulta y llama a su analista) y por factores económicos (analistas que tienen pocos pacientes y tienen que sobrevivir, o pacientes que no se pueden ausentar del trabajo para asistir a cuatro sesiones semanales por riesgo al despedido). Lo que es cierto es que este fenómeno se está propagando con rapidez.

Como ya sabrán, la API fue oficialmente llamada a tomar una posición sobre esta cuestión; ha establecer algunos puntos clave, que todavía no han sido traducidos a resoluciones legislativas.

En general, parece que existe un consenso en la evaluación de las diferencias entre el tratamiento “en persona” y el tratamiento por vía telefónica o en línea. Ciertamente, no son lo mismo: hay diferencias significativas que no eluden el sentido común y el ojo clínico de cualquier persona que desarrolla nuestra profesión.

También han surgido hipótesis sobre la probabilidad de que estas herramientas tecnológicas estén desarrollando (en un sentido compensatorio o lamarckiano) nuestras funciones audiovisuales, por ejemplo, para compensar la falta de sensaciones olfativas y corporales experimentadas en las sesiones en persona.

Por ahora, la API, en representación de su Junta, piensa que el asunto necesita ser estudiado en más profundidad: tenemos que saber más, en términos de experiencias documentadas y discusiones críticas.

Es normal que en la práctica privada, después de la graduación del analista, éste desarrolle la disciplina como mejor le plazca, “*según la ciencia y la conciencia*” de cada uno. Sin embargo, en lo que atañe a su formación analítica, la cuestión de las sesiones a distancia sigue siendo inexistente; los únicos documentos que tocan este tema (y que, sin embargo, no las han validado como norma efectiva) se dedican a casos muy especiales en que se alternan las sesiones *en persona* y a distancia, en países donde no se pueden encontrar analistas a distancias factibles.

La discusión, por lo tanto, sigue abierta.

**CAMBIOS SOCIOCULTURALES**

Durante mi presidencia he podido disfrutar de intercambios sinceros y profundos con compañeros de muchos países. Por ello he dedicado la mayoría de mis reflexiones a este capítulo. A continuación, en aras de la brevedad, voy a condensar el resultado de estos intercambios en algunas observaciones.

Antes que nada, debemos aceptar el hecho indiscutible de que hay países ricos y países pobres; pero, sobre todo, hay países en que existe un Servicio Nacional de la Salud y/o compañías de seguros que pagan por el tratamiento analítico (especialmente en las regiones germánicas y escandinavas), y hay países en que esto no existe. Esta oportunidad no viene exenta de complicaciones contractuales pero, por otro lado, no se puede objetar que en estos países el paciente podrá hacer frente al compromiso económico del análisis más fácilmente.

De todos modos, además de los factores económicos, los cuales son muy importantes porque afectan el ejercicio de los tratamientos psicoanalistas (y no pueden ignorarse, sobre todo si entendemos que una atención a la realidad interna del paciente debe ir acompañada de un reconocimiento de su realidad externa, para no llevar la neurosis al extremo de la psicosis), también existen nuevos tipos de organización psicológica que plantean nuevos problemas para la práctica del psicoanálisis como estamos acostumbrados a concebirlo tradicionalmente.

Una observación común, y que nos duele a todos, es la frecuencia con que las cuatro sesiones semanales se están volviendo más y más impracticables, por lo menos al inicio del tratamiento. El planteamiento inicial de seguir este ritmo resulta, la mayoría de las veces, en una firme negativa y retirada por parte del paciente.

Este fenómeno no sólo afecta a los pacientes que no tienen recursos económicos o no pueden ausentarse del trabajo durante las 4 sesiones semanales (una circunstancia cada vez más común, nos guste o no, puesto que nuestros pacientes ya no sólo son de clase alta o acomodada, y puesto que todo empleado sabe que en la puerta de su oficina hay una larga cola de personas listas para ocupar su puesto…), sino que también afecta a las personas que *sí* tienen recursos económicos para pagar el tratamiento. Este es el aspecto verdaderamente analítico del fenómeno.

La resistencia, en estos casos, es de libro de texto. Por ello una parte substancial de nuestro trabajo debe ser la de “crear el paciente analítico”, como confirman algunos *grupos de trabajo* dedicados al estudio de este fenómeno. ¿Pero cuáles son las raíces de un cambio tan repentino y a tan gran escala?

Sin duda, el mundo cambiante en el que vivimos está afectando nuestro trabajo y – en lo que atañe a las relaciones humanas – es imposible declarar categóricamente que “los seres humanos son siempre los mismos”; esto puede ser verdad en parte, sí, pero hay aspectos que cambian.

De hecho, actualmente muchos pacientes rechazan la idea de depender abierta e intensivamente de alguien.

Por razones complejas, pero nada misteriosas, estos pacientes muestran signos evidentes de desconfianza y/o han dejado de estar acostumbrados a la presencia y constancia del objeto; a su valiosa confianza y su consiguiente dependencia.

En nuestra línea de establecer una conexión del sujeto con el objeto, actualmente nos encontramos con muchos casos en que el centro de gravedad parece estar, de antemano e implícitamente, virado hacia el sujeto mismo. Este sujeto procura no poner su capital libidinal y narcisista en manos del otro, al menos hasta que el otro (con el tiempo) haya conseguido superar las barreras de la desconfianza y la autoprotección, que presumimos fueron construidas desde el principio.

Si pensamos en la unión primaria entre madre e hijo, y en la necesidad de mantener una continuidad fuerte en la organización de la familia, nos podemos preguntar – siendo plenamente conscientes de los riesgos de lo “*políticamente incorrecto*” de la pregunta… – si los analistas no están recibiendo en sus consultorios algunas de las típicas consecuencias de problemas asociados a nuestro tiempo: la prematura interrupción de la maternidad por razones profesionales, cuando la ley dicta que las madres deben regresar al trabajo y los ambientes corporativos son excesivamente exigentes; el confuso ir y venir de cuidadores privados e institucionales para educar a los más pequeños, en familias “nucleares” sin abuelos, quienes a menudo viven muy lejos; las rupturas familiares en que los miembros se dispersan, debido a separaciones y divorcios, especialmente cuando el nuevo miembro de la familia entra en escena y “debe” ser aceptado, a veces creando una atmósfera de rechazo o negación de las dificultades que esto comporta; las organizaciones parentales egocéntricas y narcisistas, favorecidas por los modelos culturales contemporáneos, en gran medida individualistas; la pérdida de las “familias numerosas”, y todas las demás circunstancias que influyen en la vida psíquica del niño de hoy en día, quien seguramente estará mejor alimentado, pero no tanto desde el punto de vista de las relaciones personales reales y genuinas.

Ya no tenemos – al menos por ahora – guerras mundiales masivas y devastadoras, lo que tenemos son micro-fracturas en la díada inicial madre-hijo y en la familia que pueden impedir que el sujeto se “rinda a la relación” con el analista de forma instintiva; y aquí no puedo dejar de mencionar un caso clínico extremo y emblemático de un niño tratado por uno de mis compañeros italianos, quien se alejó de los otros niños con quienes estaba jugando para abrazar y besar el televisor.

Permítanme ser claro: no estoy diciendo que las madres no deben regresar a sus trabajos, o que las familias deben vivir con los abuelos, o que las parejas infelices no pueden separarse, y así sucesivamente. Lo que quiero decir es que los psicoanalistas no deberían ignorar las consecuencias trascendentales de estos grandes cambios, como tampoco deberían sorprenderse del impacto que tienen en estos tipos de relación y en las posibilidades de esta nueva humanidad, cuando un paciente oye la frase “cuatro sesiones a la semana” y desaparece de inmediato y sin negociar.

**LOS DESARROLLOS CLINICOS, TEORICOS Y FORMATIVOS**

Los analistas deberían elaborar con suficiente libertad de pensamiento sus propias reflexiones clínicas y teóricas sobre el desarrollo de estas nuevas realidades. Tienen que advertir lo que es realmente útil y viable para nuestro trabajo con una actitud flexible, creativa y responsable; siendo conscientes de nuestro patrimonio teórico, pero manteniéndose abiertos a explorar lo nuevo.

En este sentido, nuestras comunidades están experimentando un malestar que se expresa de forma confidencial “en los pasillos” o en entrevistas personales, pero que no acaba de emerger en las reuniones oficiales, donde el Ideal manda con respeto al Yo real del psicoanalista.

Creo que la API no puede ignorar o minimizar estos problemas, de la misma manera que un doctor no puede concluir un diagnostico clínico demasiado pronto, desdeñando los síntomas del paciente a la ligera: una fiebre persistente puede ser causada por una gripe común, pero no siempre es el caso.

No sólo eso: los remedios también deben proceder de la reflexión y no de una adhesión *a priori* a unas pautas estereotipadas que satisfacen una sensación de cumplimiento de los estándares de la categoría.

El famoso adagio: “*La operación fue un éxito, pero el paciente murió*” lo deberíamos tener muy presente en nuestra práctica diaria. Tenemos que superar las rígidas doctrinas de la fe, puesto que éstas revelan una transferencia no resuelta hacia objetos internos idealizados, en vez de un verdadero amor por nuestra “arte/ciencia con un estatus especial” que ha transformado (esto sí lo puedo asegurar) nuestras propias vidas personales.

De hecho, puedo añadir que en el triángulo entre el analista, la teoría y el paciente (una figura equivalente al triangulo familiar interno), el analista contemporáneo debe crear un espacio inter-psíquico para una organización edípica compartida, que sea lo más adecuada, equilibrada y armoniosa posible. Estos tres componentes deberían estar unidos de forma apropiada y creativa.

Comprensiblemente, el riesgo se opone a esta práctica también debe tenerse en cuenta: un deseo iconoclasta por nuestra tradición científica y formativa, que proviene de residuos transferenciales negativos, desdeñando la evaluación de estas realidades complejas y cambiantes.

¿Cuáles son las consecuencias de esta perspectiva?

Sin duda advertir que en muchos casos, hoy más que en el pasado, se necesita “construir el paciente analítico”. Esto ni puede ni debe afectar el modelo y el programa de formación analítica: si queremos futuros analistas que sepan cómo construir el paciente analítico, debemos dejar que los jóvenes incluyan este aspecto en su ya difícil programa de formación, probablemente mediante la revisión de algunos criterios que se consideraban indiscutibles hasta el momento.

El fenómeno de “envejecimiento” de nuestra membresía es cada vez más preocupante, como lo es el hecho que muchas de nuestras Sociedades no están creciendo. Esto va ligado a estos cambios psico-socio-culturales generalizados, así que tenemos que ser capaces de reflexionar sobre todos estos temas.

En segundo lugar, tenemos que continuar el ya iniciado proceso de estudio, conocimiento y reconocimiento de otras formas de tratamiento, para poder incluirlos como especializaciones oficiales en nuestro campo. La *Formación Integrada del Niño/Adolescente* es un paso en esta dirección, como lo es la creación de la API de un *Comité del Campo de la Salud Mental* para el tratamiento integral de trastornos graves, o la actividad científica dedicada a “*Familias y parejas*” y el amplio campo del Análisis en Grupo.

Estas extensiones de ningún modo reemplazarán la formación ni las actividades psicoanalíticas básicas, pero ya no serán entendidas como “desviaciones” o productos de más bajo rango: la evaluación valorará otros criterios, como el proceso de formación y la experiencia y calidad de lo que se produce.

Nos corresponde a nosotros, a nuestra comunidad científica y profesional, no perder de vista el valor “nuclear” de la experiencia del análisis. Este el punto de partida para que se puedan crear nuevas ramificaciones del método y de los criterios fundamentales que conforman nuestra especialidad.

**CONCLUSIONES**

¿Conseguiremos ser inclusivos con respeto a estas nuevas articulaciones de la práctica analítica sin perder nuestros valores?

¿Sabremos cómo reflexionar con verdadera libertad sobre las consecuencias de los cambios en nuestra práctica profesional y formativa?

Y en cuanto a los desarrollos teóricos y clínicos, ¿sabremos cómo preservar la inestimable riqueza de nuestro patrimonio freudiano, el verdadero tronco de nuestro árbol genealógico y científico, sin temor a que las ramificaciones que crecen prematuramente y sin “podar” nos puedan desviar? ¿Seremos capaces de pensar que después de Freud otros pensadores también han producido ideas que son diferentes e igualmente enriquecedoras?

En mi opinión, un componente transferencial de idealización sin resolver parece, en algunos casos, evitar que la fantasmagórica figura de Sigmund Freud se transforme en la figura de nuestro “abuelo”. Para algunos, esta figura parece reivindicar un derecho exclusivo de la singularidad teórica del pasado, presente y futuro, que corre el riesgo de ser más fálica que genital, al pensar que nadie más después de él puede contribuir substancialmente al desarrollo del psicoanálisis con nuevas ideas creativas. Igualmente, por otro lado, el hecho de no reconocer la validez de muchas de sus contribuciones parece revelar, al menos en algunos casos, una suerte de ingratitud subyacente.

En última instancia, espero que la API continúe siendo el “hogar” en que todos los psicoanalistas puedan trabajar con sus dificultades, diferencias e ideas sobre el desarrollo del mundo y sobre cómo el psicoanálisis lo *puede* cambiar, y lo *está* cambiando: una casa habitable, abierta a la reflexión y el intercambio, y también a las transformaciones necesarias (y auténticas) y a la complejidad de su debate, tanto a nivel individual como a nivel de nuestras sociedades.

Un hogar hecho de adultos que son respetuosos con su patrimonio, pero también están abiertos a lo nuevo, y son capaces de hacer frente a los cambios del mundo y sus dificultades sin negarlas, ya sea a través del miedo e/o idealizaciones auto-satisfacientes.

Lo que debe distinguirnos, por lo menos un poco, del resto de la humanidad que no tiene nuestra formación y no está comprometida con nuestro trabajo diario, debe ser una combinación de conocimientos que a veces son dolorosos: después de todo, uno de nuestros puntos fuertes es la sana, y un poco deprimente, conciencia de la frugalidad de nuestra humanidad, tantas veces desdeñada por los demás, que nos idealizan en el análisis.

Es nuestro deber ser el de llevar a cabo un trabajo de reflexión cualitativo con nuestros compañeros y dentro de nuestra comunidad internacional. Este es también uno de los objetivos de la API: ejercer la habilidad de “pensar juntos” desde el inicio de nuestra formación analítica, para poder integrar en nuestra clásica “tríada” (análisis-supervisión-seminarios) este cuarto elemento: el pensamiento grupal de la experiencia clínica y teórica, cosa que algunas sociedades latinoamericanas ya han empezado a plantearse en sus programas de formación.

Por último, tendremos que apoyarnos unos a otros en el trato con nuestro grupo, y juntos hacer frente a las inevitables tensiones institucionales que puedan surgir (esta es también la razón por la que hemos creado el “*Grupo de Trabajo sobre Asuntos Institucionales*”, que estudiará estos conflictos con el fin de mejorar nuestro funcionamiento).

En conclusión, como pueden ver, mi mensaje pretende sugerir que nos mantengamos abiertos a pensar juntos, sin querer cambiar las cosas por el simple placer estético y narcisista de “cambiar por cambiar”, pero tampoco sin cerrarnos “a priori” por razones fundamentalmente “teológicas” por lo que respeta a los desarrollos en el mundo y en el psicoanálisis.

He reunido estos pensamientos para ustedes, con el dolor que me causa reconocer el poder y la rigidez de nuestros mecanismos de defensa internos, de los que ninguno de nosotros estamos exentos, ya sea a nivel individual o institucional (incluyendo la API).

Les deseo a todos un Congreso fructífero, agradable y “nada convencional”.